

REFLEXIONES EN TORNO A UN CLASICO DE H.G. WELLS:
"THE TIME MACHINE"

José Luis Chamosa González

H. G. Wells (1866-1946) fue un escritor prolífico y extremadamente popular. Su novela The Time Machine fue la primera piedra sobre la que se asentó su éxito. En ella apuntan muchas de las claves de su producción y actuación posteriores, de su influencia en el movimiento reformista de la época. El objetivo de las líneas que siguen no pretende otra cosa más que señalar algunos de los puntos sobre los cuales esta obra está construida.

Comienzo ya señalando esquemáticamente algunos datos biográficos de nuestro autor hasta la aparición del relato que nos ocupa en su versión definitiva (1895). Despunta el año de 1894 y Wells acaba de instalarse, junto con Jane Robbins, en una casa de Mornington Place no lejos de Regent's Park. Su artículos aparecen con frecuencia en publicaciones como The Paul Mall Gazette, The Paul Mall Budget o The Saturday Review. Es el comienzo de su carrera a la fama después de unos principios nada fáciles. A sus espaldas lleva el peso de un ambiente familiar que se ha desenvuelto siempre en el borde mismo de la pobreza. Su primer contacto con el mundo laboral es a los catorce años y no se interrumpirá, desde entonces, más que por las limitaciones impuestas por una salud precaria y por el intervalo de unos tres años que supuso su paso por el Royal College of Science de Londres. Sin duda fue este un factor decisivo en su formación, que le dejó una huella permanente. Entre el profesorado del Royal College había una figura de excepción, Thomas Huxley, amigo y defensor de Darwin y famoso por sus polémicas sobre la validez de la teoría de la evolución con el obispo de Oxford y con el mismo Gladstone. Son momentos de efervescencia en el mundo del pensamiento. Ciencia y ética han visto sustancialmente modificadas sus relaciones y la búsqueda de un nuevo equilibrio no está exenta de tensiones. Sobre esta cuestión, Dickson, biógrafo de Wells, señala:

"... when Wells came to London, science seemed momentarily to have paused in its advance. The scientists themselves were in a questioning phase. You cannot suddenly wrench out a supporting column of life like traditional religious faith and not replace it with something. Biology gave the explanation of the origin of life, but what of its conduct? Ethics were now demanding consideration" (1).

Wells, por su parte, trata de ganarse la vida enseñando, se casa y, entregado a una febril actividad literaria (como indicábamos al abrir este repaso biográfico, encauzada en publicaciones periódicas), no cesa en su empeño de triunfar escribiendo libros, y no artículos, para poder sobrevivir. La oportunidad llega precisamente de la mano de The Time Machine, que Heinemann acepta publicar -previo pago de la cantidad de 50 libras en calidad de anticipo- en el año de 1895. Fue

un éxito clamoroso del que se vendieron 60000 ejemplares antes de las Navidades de ese mismo año. Dickson pone de manifiesto lo sensacional de la irrupción de Wells en el mercado, pues entre el verano y el otoño de 1895 ven la luz, además de *The Time Machine*, "*The Stolen Bacillus*", "*The Wonderful Visit*" y "*Select Conversations with an Uncle*". Esta vez lo ha conseguido.

The Time Machine se encuadra tradicionalmente dentro de lo que, en la producción wellsiana, la crítica ha dado en llamar los "scientific romances" que incluirían, además de la que nos ocupa, obras como *The Island of Dr Moreau* (1896), *The Invisible Man* (1897), *The War of the Worlds* (1898) o *The First Men in the Moon* (1901). Los orígenes de *The Time Machine* están en un relato por entregas que con el nombre de "*The Chronic Argonauts*" había aparecido en *The Science Schools Journal*, la revista del Royal College of Science, en 1888 (esta revista había surgido de la iniciativa de Wells y otros dos compañeros, durante su segundo año de estancia en esa institución. En ella seguiría colaborando con asiduidad en los años siguientes a la finalización de sus estudios). Esta narración volvería a ser publicada en *The National Observer*, a instancias de W.E. Henley, el editor de la revista (1893), en una serie de seis entregas. Nuevamente, aunque ya en forma de novela -si bien también por entregas-, aparece en *The New Review* entre 1894 y 1895. De hecho, la versión definitiva que hoy conocemos había sido reescrita seis veces y publicada otras cuatro, después de haber sufrido diversas y sustanciales transformaciones. *The Time Machine* es una novela breve; en la edición que manejamos -la de Penguin- no llega a ochenta páginas. Está dividida en doce capítulos y un epílogo. El argumento en resumen es el siguiente:

Un destacado investigador, al que no conoceremos por otro nombre más que por el de "The Time Traveller", comunica en una informal reunión a la que asisten un pequeño número de personas, representativas de diversas actividades profesionales, su convicción de que el viajar en el tiempo no sólo es posible teóricamente sino factible en la práctica. Desconcertados los presente, procede a enunciar su intención de emprender un viaje de esas características en breve. Convocados los asistentes a una nueva reunión en el plazo de una semana, se ven sorprendidos, primero por la extraña ausencia del anfitrión e, inmediatamente, por su repentina aparición en un lamentable estado. Acabada la cena, se disponen a escuchar la narración de lo que el viajero del tiempo dice ser sus experiencias en un viaje al futuro del que acaba de regresar, con el penoso aspecto del que ellos mismos fueron testigos. Con el capítulo tercero comienza lo que constituye el relato propiamente dicho de este viaje al futuro. Los que van del tres al diez se ocupan de la descripción de ese mundo y de la narración de los sucesos allí acaecidos. Forman, en esencia, el corazón de la novela. Este primer salto en el tiempo lleva a nuestro protagonista al año 802 001. Se encuentra con un mundo idílico aparentemente, sin aglomeraciones urbanas, de eterna primavera, habitado por unos seres de pequeña estatura y grácil aspecto, "... there was something in these pretty little people that inspired confidence - a graceful gentleness, a certain

child-like ease" (2). Los Eloi (tal es el nombre de estas criaturas) viven en grupos más o menos numerosos sin ninguna actividad productiva observable: no hay señales de agricultura, ni de fábricas o actividad económica de ningún tipo. Estos seres son frugívoros y -excepción hecha del lenguaje "a strange and very sweet and liquid tongue" (3)- no desarrollan manifestaciones culturales o tecnológicas apreciables. Carecen incluso de medios de iluminación artificial y duermen gregariamente por temor a algo que sólo se manifiesta de noche. El viajero en el tiempo descubre que no son estos los únicos habitantes del planeta; hay otra raza, los Morlocks, que parecen ser los encargados de mantener el sistema en funcionamiento. La relación entre Morlocks y Eloi aparece, en un primer momento, como de sumisión de los primeros para con los segundos. Gradualmente se descubre que los Morlocks (que desarrollan una vida de tipo subterráneo y tienen unos conocimientos tecnológicos de tipo más o menos rudimentario) se ocupan de alimentar y vestir a los Eloi... y, como si de un ganado se tratara, viven alimentándose de la carne de estos últimos. El viajero logra escapar del acoso de los Morlocks que, habiéndose apoderado de la máquina del tiempo, pretenden acabar con él para adentrarse aún más en el futuro. Al detenerse encuentra, primero, un mundo en que reinan gigantescas criaturas similares a los cangrejos -extinguido todo rastro de la raza humana- y, al saltar a un futuro todavía más remoto, un planeta tenuemente alumbrado por un sol que agoniza y habitado por repugnantes criaturas de naturaleza indefinida. Pocos días después de acabado este relato, emprende una nueva expedición en su máquina de la que hasta el momento no ha regresado.

Esta es la historia en esencia. ¿Y la técnica? Un narrador que habla en primera persona, unos personajes inexistentes como individuos salvo en los capítulos introductorios- y allí meramente arquetípicos ("the Psychologist", "the Medical Man", "the Provincial Mayor") ... y la oportunidad para el autor de despacharse a su gusto en juicios sobre los peligros y consecuencias de la actividad científica, el implícito factor negativo que también late en la idea de progreso, etc.

Después de esta larga introducción, permítaseme comenzar las reflexiones que siguen con una cita de las palabras introductorias de Banesh Hoffmann a Flatland, de Edwin Abbott, original relato que nos habla de los habitantes de un mundo de dos dimensiones:

"Poseemos, en realidad, de verdad, cuatro dimensiones. Pero incluso en la relatividad no todas son de la misma clase. Sólomente tres son espaciales. La cuarta es temporal; y nos es imposible movernos libremente en el tiempo. No podemos hacer volver los días pasados ni evitar la llegada del mañana. Nos es imposible tanto apresurar, como retrasar nuestro viaje hacia el futuro" (4).

Responde de manera curiosamente exacta a la concepción de espacio y tiempo que, en las primeras páginas de The Time Machine, se aduce para poner en duda la viabilidad del movimiento en el tiempo asumiendo lo que la experiencia diaria (y prolongada en la duración de nuestra vida) de lo ineluctable de nuestro enmarcamiento en la dimensión temporal parece decirnos. Los habitantes de Flatland viven ajenos a la dimensión espacial que es consustancial a nuestra vivencia de la realidad, del mismo modo que los interlocutores del viajero en el tiempo, en el Londres de finales del XIX, lo son en su experiencia a la cuarta dimensión y a la posibilidad de desplazamiento voluntario en ambos sentidos en la dirección del tiempo. El tema no puede ser más atrayente: la sugerencia del movimiento irrestricto en la cuarta dimensión, incluso para las generaciones que hemos crecido tratando de entender la famosa paradoja de los relojes y en que es rey absoluto el adjetivo "relativo", representa una frontera igualmente misteriosa y seductora. Ahora bien, la cuestión del viaje en el tiempo -y esto es algo que no debe perderse de vista- no es, sin embargo, la clave de la novela. Si apartamos nuestra atención del atractivo que esta idea indudablemente tiene (en último extremo el de escapar a la servidumbre del final cierto prolongando los minutos, reviviendo sin límites lo pasado y abiertos los horizontes de lo que aún nos es) lo que tenemos es una visión particularísima de un futuro construido sobre las pautas de contradicciones y tendencias existentes en nuestro presente. La primera paradoja viene dada así por el hecho de que la ficción del viaje en el tiempo es sólo un recurso que el autor adopta para, desde la necesaria lejanía, hacer digerible lo inverosímil. Pero es más, sin los recordatorios constantes del narrador al hecho de encontrarse en ese remoto futuro, la acción podría plausiblemente transcurrir sin que advirtiéramos el hiato temporal.

Enlazando con lo anterior, es destacable que la viabilidad científica de las historias de Wells descansa sobre descripciones vagas e imprecisas de artilugios como el de la propia máquina del tiempo: "Parts were of nickel, parts of ivory, parts had certainly been filed or sawn out of rock crystal. The thing was generally complete, but the twisted crystalline bars lay unfinished upon the bench besides some sheets of drawings. Quartz it seemed to be" (5). Una enumeración de materiales más o menos sofisticados ... y ningún intento de basar el relato en una explicación mínimamente plausible (ni siquiera el "deus ex machina" que representará la cavorita en The First Men in the Moon). No han de buscarse aquí, pues, las huellas de la formación de un hombre que, como vimos, es un licenciado en ciencias sino, más bien, en la línea del pensamiento biológico del que es discípulo. En este sentido son esclarecedores las palabras de Geoffrey Hemstedt que, en un brillante artículo sobre la novela victoriana, concluye con un párrafo dedicado al período de fines de siglo en el que empieza señalando una característica esencial de gran parte de la narrativa de la época: "The end of the century saw the resources of realism pressed into service for a functional literature of entertainment created by the magazine, short-story market" (6),

para referirse a continuación al caso concreto de Wells y a sus relatos de especulación científica subrayando las líneas maestras del pensamiento que lo sustenta. "Darwinism, eugenics, entropy. The Martians come to the Home Counties, and the Time Traveller sees the sun huge in the sky, and the slow viscous seas which will engulf what once was Jane Austen's England" (7). Teniendo en cuenta estas referencias, vamos a comentar algunos aspectos del futuro que Wells nos presenta.

Quizás la sensación más destacable desde el primer encuentro con los habitantes de ese lejano mundo futuro del año 802 001 sea la de decepción. Su causa: "You see, I had always anticipated that the people of the year Eight Hundred and Two Thousand odd would be incredibly in front of us in knowledge, art, everything" y continúa un poco más adelante, "As I went with them the memory of my confident anticipations of a profoundly grave and intellectual posterity came, with irresistible merriment, to my mind" (8). La concepción generalizada del futuro como un ámbito de incontables promesas de sabiduría y ciencia se ve defraudada -y aquí tenemos nuestra segunda gran paradoja- por el hallazgo de una civilización poco digna de tal nombre. La historia de la humanidad vista como un paulatino ascenso constante en el conocimiento es la idea general y simplista que no casa con la realidad: y no puede decirse que esa realidad no responda en algunas de sus características a ese ideal, sino que en sí es contradictoria. El movimiento no es rectilíneo y sí sinuoso y nada garantiza que sea necesariamente hacia adelante. Con todo, el mundo que encuentra el viajero del tiempo está, en principio, libre de enfermedades y peligros provenientes del entorno: "The air was free from gnats, the earth from weeds of fungi ... The ideal of preventive medicine was attained. Diseases had been stamped out" (9). Se dan pues las condiciones que caracterizarían a una sociedad utópica. Son el resultado del esfuerzo tenaz de generaciones y generaciones que han alcanzado innegables logros pero, ¿a qué precio?. Los seres herederos de este proceso se han transformado, como se han transformado las circunstancias en que se hallan inmersos, y junto con las servidumbres han desaparecido los acicates pues: "What, unless biological science is a mass of errors, is the cause of human intelligence and vigour? Hardship and freedom: conditions under which the active, strong, and subtle survive and the weaker go to the wall; (...)" (10). El resultado de la modificación de esas condiciones está ante ante sus ojos: " It seemed to me that I had happened upon humanity upon the wane" (11). No hay rastro en este declive de los avances que supusieron los logros conseguidos, salvo -según se nos deja entrever- el mantenimiento de unas ciertas capacidades técnicas por parte de los Morlocks que, por lo menos, suponen un grado más o menos destacable de destreza. Una muestra del grado de decadencia a que han llegado nuestros remotos herederos es el estado semirruinoso de muchos de los edificios que habitan ..., y el hecho de que algunos incluso estén abandonados pone de manifiesto, en primer lugar, -como se encarga de destacar el narrador- que el número de miembros de esa sociedad decrece y, segundo, su incapacidad o su falta de voluntad de poner remedio a ese proceso degenerativo o, incluso, la falta de conciencia

de que el tal proceso tenga lugar.

Esto lleva a fijar nuestra atención en el tipo de opinión que sobre el concepto de progreso suscribe el autor. No es muy positiva la idea que se desprende de las imágenes que el relato pinta. Por un lado, parece claro que entiende el progreso como un proceso continuado en su propia dinámica. Así, en sus reflexiones iniciales al llegar al futuro, en su primer salto temporal, -y refiriéndose a los éxitos en la consecución de mejoras materiales y en la lucha contra las enfermedades- dice: "Some day all this will be better organized, and still better. That is the drift of the current in spite of the eddies" (12). Sin embargo, a esto se contraponen el progresivo pesimismo a que el descubrimiento de la relación Eloi-Morlocks le conduce. Jordi Margalef, en su estudio sobre la figura del científico en la literatura inglesa de los siglos XIX y XX, nos ayuda a enfocar esta cuestión cuando destaca el hecho de que existe toda una corriente de autores (entre los que se hallarían, además de Wells, Mary Shelley y Stevenson) que, más que disentir del progreso, ponen de manifiesto el carácter ambivalente de la ciencia y de muchos de sus resultados. El conflicto ciencia-ética que la revolución darwinista había despertado en toda su virulencia, de una manera u otra, está siempre latente debajo de estos planteamientos. Hablar de civilización supone tanto como oponer a los principios naturales los principios éticos. Wells es deudor aquí, una vez más, de las ideas de su antiguo profesor, Thomas Huxley, que había destacado treinta años antes lo fundamental de esta contraposición de principios. En *The Time Machine* los Morlocks, que sobreviven como depredadores de los Eloi obedeciendo al impulso natural de la supervivencia, son, además, los representantes de lo que queda de ciencia en ese mundo. Una dimensión del dilema de la relación Morlocks-Eloi sería el de ser símbolo de ese conflicto ciencia-naturaleza-ética que subyace al planteamiento wellsiano.

Volviendo a centrarnos en el tema de la idea de progreso es imprescindible citar a John Huntington, destacado crítico de la obra de Wells, se apoya en un ensayo publicado por éste en 1892, de título "Zoological Retrogression", para ofrecer lo que, creo, es una interpretación esclarecedora sobre el tema. En contraposición con la concepción optimista (y ampliamente aceptada) de un continuo ascenso por la escala del ser y del desarrollo, Wells habla de la posibilidad del movimiento inverso. Ahora bien, Huntington precisa que "Wells does not simply champion retrogression against the optimists' view of progression; he asks for a contrapunta view of biological history that will accept both directions even in their contradiction" (13). Y en palabras de Wells: "... there is no guarantee in scientific knowledge of man's permanence or permanent ascendancy ... the presumption is that before him lies a long future of profound modification, but whether that will be, according to present ideals, upward or downward, no one can forecast" (14). La originalidad de *The Time Machine* viene, en una parte muy importante, dada por el hecho mismo de que su concepción juega con las posibilidades de retroceso y de involución de la civilización. Nada está conquistado para siempre.

Una tercera paradoja que, creo, es de interés destacar es la que viene dada en la narración por el recurso de plantear diversas hipótesis de descripción de la realidad que el viajero encuentra. Se van descartando poco a poco, incorporando a la explicación final algunas de sus características, hasta que el desenlace llega asumiendo retazos de las hipótesis rechazadas constituyendo un todo que es contradictorio con cada una de las explicaciones precedentes consideradas en su totalidad ... pero conservando, al mismo tiempo, las afinidades que le vienen dadas por su naturaleza integradora. El colofón de la narración constituye una cuasi-advertencia a la sociedad de su tiempo, con lo que el relato fantástico adquiere color de parábola. ¿A qué puede atribuirse el origen de la escisión en el género humano que representan las dos razas supervivientes? El descubrimiento, primero, de la existencia de los Morlocks y, en segundo lugar, de su relación con los Eloi es gradual y constituye -como venimos de señalar- un factor básico de intriga en la narración. La raza humana ha evolucionado en dos ramas que se han separado del tronco común, divergiendo en su aspecto físico y en sus pautas de conducta. Por un lado, los Eloi como representantes de lo estético y, por otro, los Morlocks, de lo oscuro y lo temible ("bleached", "obscene", "nocturnal" ... son algunos de los adjetivos con que los describe el narrador). La respuesta a esta alteración radical de la sociedad humana nos la da Wells sin necesidad de hacer cábalas. La separación en clases de nuestra propia era se ha ahondado y hecho permanente, y, con el correr de los siglos, se ha biologizado, mutando los seres humanos según su condición social (los Eloi, de las clases elevadas; los Morlocks, de las trabajadoras). Es en este punto donde la relación con su tiempo, con su contemporaneidad, es más evidente. En las reflexiones del viajero se especifican una serie de paralelismos entre los dos mundos (planteamiento que la crítica calificará como de un mismo espacio separado en la dimensión temporal). Se oye así la voz del narrador que se pregunta: "Even now, does not an East-end worker live in such artificial conditions as practically to be cut off from the natural surface of the earth?" (15). La candente situación social de la Inglaterra de fines de siglo hace así su aparición. La conciencia de que el incremento de la riqueza y el desarrollo dejan al margen a sectores numerosísimos de la población estaba muy extendida: la manera de afrontar ese problema, sin embargo, dividía a la opinión. Wells, ferviente defensor de las ideas de justicia social, no hace sino poner en guardia a sus lectores de los potenciales efectos destructores de esa situación. Y lo hace nuevamente jugando con paradojas. Los antiguos dominados vuelven de su confinamiento empujados por la necesidad de sobrevivir: "Man had been content to live in ease and delight upon the labours of his fellow man, had taken Necessity as his watchword and excuse, and in the fullness of time Necessity had come home to him" (16). Se han invertido las relaciones de dominación y la antigua aristocracia se ve sometida, impotente de reaccionar. Con todo, las simpatías del viajero parecen inclinarse más bien hacia los herederos de los antiguos señores: "... the Eloi had kept too much of the human form not to

claim my sympathy, ..." (17).

Wells construye de esta manera una visión alegórica, no profética, del futuro a partir de las contradicciones del presente. proyecta tendencias de su tiempo, valiéndose de los recursos metodológicos que el darwinismo o conceptos como el de entropía le facilitan. No habla de certidumbres sino de posibilidades; aún así, el tono general de la narración es radicalmente pesimista. Y ello hasta el extremo de que en el epílogo se aprecie la voluntad de alterar -siquiera parcialmente- esa característica con una declaración de esperanza por parte del narrador. En definitiva, no estamos ante un equilibrio de opuestos -elemento que se considera básico en The Time Machine- sino más bien ante una amalgama de principios (que se desarrollan por medio de paradojas) con valores contradictorios en tanto que se oponen a concepciones ampliamente aceptadas como las que señalamos sobre la idea de progreso, la bondad de la ciencia o la mejora constante del nivel de vida para todos que, se suponía, aportaba el crecimiento económico en su propio tiempo. Cuestiones, por otro lado, tan candentes hoy como entonces.

Ya, para concluir, recurrimos nuevamente a una reflexión de Huntington. Este, en The Logic of Fantasy, recupera los conceptos acuñados por el mismo Wells de "directed thought" y "undirected thought" como dos modos de pensar sobre el futuro. El primero se plantea como objetivo hacer pronósticos sobre el porvenir basándose en el modelo de las ciencias positivas; por el contrario ... "Undirected thought abjures such solutions; it wanders in the maze of balances and conflicts that compose history" (18). Si The Time Machine sigue siendo una lectura válida para el lector de hoy, lo es precisamente enmarcada en esta dimensión. Lo es en tanto en cuanto responde estéticamente a una biografía, a un contexto ..., en definitiva, a una realidad compleja.

Por lo que se refiere al juicio que merece como profecía del futuro, hago mías las palabras del narrador en el epílogo: "... to me the future is still black and blank - is a vast ignorance, lit at a few casual places by the memory of his story" (19).

Universidad de León

NOTAS

- (1) Lovat DICKSON, H.G. Wells. His Turbulent Life and Times. London: Penguin, 1972, p. 45.
- (2) H.G. WELLS, Selected Short Stories, London: Penguin, 1973, p. 25.
- (3) H. G. WELLS, o.c., p. 25.
- (4) Edwin ABBOTT, Planilandia. Madrid: Guadarrama, 1976 p. 12.
- (5) H. G. WELLS, o.c. p. 14.

- (6) Geoffrey HEMSTEDT, "The Victorian Novel", en Laurence LERNER (ed.), The Victorians (The Context of English Literature), London: Methuen, 1978, p. 14.
- (7) Geoffrey HEMSTEDT, o.c., p. 14.
- (8) H. G. WELLS, o.c., p. 25.
- (9) H. G. WELLS, o.c., p. 32.
- (10) H. G. WELLS, o.c., p. 32.
- (11) H. G. WELLS, o.c., p. 31.
- (12) H. G. WELLS, o.c., p. 31
- (13) John HUNTINGTON, The Logic of Fantasy. H.G. WELLS and Science Fiction. New York: Columbia University Press, 1982, p. 7.
- (14) H. G. WELLS, Early Writings in Science and Science Fiction, p. 168, en John HUNTINGTON, o.c., p. 7.
- (15) H. G. WELLS, o.c., p. 47.
- (16) H. G. WELLS, o.c., p. 59.
- (17) H. G. WELLS, o.c., p. 59.
- (18) John HUNTINGTON, o.c., p. 4.
- (19) H. G. WELLS, o.c., p. 83.